

## Crisis de la Teología de la Liberación y Experiencia de la palabra de Dios

Enrique Cambón (Argentina)

*Situación actual:* ¿Qué está sucediendo con la “teología de la liberación”? Mientras en Europa hay hambre de todo lo que llega de América Latina y las Editoriales publican trabajos sobre el pensamiento del Tercer Mundo asegurándose éxito comercial, en Latinoamérica en cambio da la impresión que se está pasando un momento de inmovilismo e incerteza. La primera etapa de originalidad e impacto ha dejado lugar a una especie de cansancio: “se repite siempre lo mismo”, dicen algunos. Fue como una fuerza de choque que se hubiera despedazado o debilitado. No faltan quienes se preguntan sobre un posible declinar de la teología de la liberación<sup>1</sup>. Escasean revistas y publicaciones. Son pocos los grupos y personas que reflexionen con profundidad y creatividad.

Uno de los axiomas fundamentales de este “nuevo modo de hacer teología” que es la teología de la liberación, es el de que la teoría debe ser consecuencia, “momento segundo”, “nota a pié de página”, de la praxis. Ahora bien, si a partir de este principio —dejando en este momento de lado todo tipo de análisis crítico sobre el principio en sí—, observamos la tarea actual de los cristianos socialmente comprometidos en América Latina, hay varias cosas que llaman la atención. Entre los sacerdotes que luchaban por un cambio de mentalidad y se jugaban por aquellas posiciones que inspiran a la teología de la liberación, no sólo muchos han dejado el ministerio, sino —lo que es más llamativo— un buen número de ellos abandonaron, junto con el sacerdocio, también la lucha activa, pasando a una vida anónima o incluso burguesa, llegando en algún caso a compromisos con personas o a radicarse en tierras donde antes indicaban el origen y la expresión máxima del imperialismo, la opresión y el sistema capitalista. Lo peor del caso es que los varios grupos que rodeaban a esas personas que se retiraron han quedado generalmente disgregados, inciertos, desalentados. Alguno de sus componentes pasó a la guerrilla, mientras muchos de ellos se han “quemado” dejando de lado toda inquietud o interés por el servicio activo de sus hermanos.

Esta situación ha creado en muchas personas la consiguiente reacción: “si por los frutos conoceremos el árbol, estos hechos hablan por sí solos”, afirman algunos. “Después de todo, mucho bla bla bla, pero los que se mantienen y siguen adelante son los que conservan las formas

---

<sup>1</sup>Cfr., por ejemplo, el artículo de C. POZO en *Teología de la Liberación. Conversaciones de Toledo*, Burgos 1974.

tradicionales”, dicen otros. Y se produce en varios sectores un retorno de hecho a actitudes y normas que parecían superadas: seminarios que vuelven a métodos rígidos y cerrados, grupos que exasperan la defensa de formas antiguas, sacerdotes que reprimen asociaciones o métodos pastorales del pasado, etc. Como a confirmar la posición de estos últimos, se está produciendo en varios puntos de la Iglesia latinoamericana un repunte de vida: vuelven a aumentar las vocaciones<sup>2</sup>, grupos y movimientos de juventud que florecen, grandes encuentros y manifestaciones de tono exclusivamente religioso, etc.

*Búsqueda de las causas:* ¿A qué se deberá este panorama, sin duda demasiado rápido y escueto, pero real e indicativo? ¿Natural cansancio en las energías y la creatividad de quienes buscaban nuevos caminos en el cristianismo latinoamericano? ¿Las fuerzas del sistema (grandes capitales, intereses ocultos, mentalidad estrecha, regímenes dictatoriales) que aplastan la renovación? ¿Temor ante la soledad, la persecución, la tortura o la muerte? ¿Reaflorar de la innata cobardía, egoísmo, fragilidad del hombre? ¿Lógica consecuencia de premisas equivocadas o ambiguas, o de actitudes radicales y exageradas? ¿Falta de medios, instrumentos y tiempo —sofocados por las exigencias de la acción— para una reflexión sopesada, seria, científica? Probablemente algo de todo esto y de varios otros elementos que juegan según las circunstancias locales, los hechos y las personas concretas.

En este breve trabajo querríamos tratar de señalar un elemento que probablemente está a la base de todo el fenómeno. A nuestro entender, uno de los motivos del actual “impasse” en el pensamiento teológico latinoamericano, puede encontrarse en una experiencia demasiado pobre de la Palabra de Dios.

En otra oportunidad nos preguntábamos si a la teología de la liberación no le estaba faltando una espiritualidad<sup>3</sup>. Hay que decir que una cierta espiritualidad debe poseerla, pues de lo contrario no habría interesado y movido las energías y el compromiso de vida de tanta gente<sup>4</sup>. Pero evidentemente en la teología y la praxis liberadoras han

<sup>2</sup> “Las vocaciones sacerdotales han aumentado sensiblemente en Chile. Lo aseguran los obispos de dicho país, que anteriormente no habían escondido su preocupación por la escasez de vocaciones religiosas y sacerdotales. Durante el año en curso las vocaciones de seminaristas son 110. Este número es tanto más significativo si se tiene en cuenta que en 1971 no ingresó ningún seminarista nuevo” (*Criterio*, 27-XI-1975, p. 669). Algo similar está sucediendo en varias zonas de A.L.

<sup>3</sup> Cfr. E. CAMBÓN, *L'Ortoprassi. Documentazione e prospettive*, Roma 1974, pp. 144-145.

<sup>4</sup> Algunos “temas” de esa espiritualidad son: el servicio concreto a Cristo en los hermanos, especialmente en los más pobres, una cierta mística de la pobreza, la necesidad de tiempos de “desierto” (silencio, oración, soledad), etc. Un autor que

quedado algunas lagunas que, de no llenarse, pueden sofocar o impedir que se desarrollen ciertas instituciones fecundas que posea en su origen. Una de esas fallas puede ser, precisamente, una no correcta imposición de la relación entre Palabra de Dios y experiencia de vida.

*Biblia y experiencia:* Uno de los más lúcidos exponentes del pensamiento teológico latinoamericano escribía: "La Biblia, hablando propiamente, no tiene ningún sentido fuera de los sentidos múltiples y provisorios que el Espíritu Santo le confiere a través de los tiempos. Ningún sentido agota el sentido último y definitivo de las Escrituras. No existe sentido único y definitivo ni del sermón de la montaña, ni de las parábolas, ni del discurso de misión."<sup>5</sup> Esto es cierto en el sentido de que si bien la Escritura contiene "la" verdad, es constitutivo del hombre acercarse a la plenitud de la verdad en manera histórica y progresiva. Las circunstancias históricas, una praxis justa, una experiencia espiritual auténtica, llevan a los cristianos a descubrir siempre nuevas riquezas en el abismo de contenido que posee la Palabra de Dios. En especial la praxis de los santos es un lugar privilegiado donde a través de los siglos se han ido develando nuevos sentidos e implicaciones de las palabras de la Escritura.

Peró hay un largo trecho de allí a afirmar que "la propia Biblia no es un texto directo de criterios, sino la historia de configuraciones sucesivas, siempre parciales, dialécticamente conflictivas entre sí, de estos criterios; la conjunción entre hecho y palabra es esencial a la concepción de la revelación, pero todo esto llegó hasta nosotros formado, deformado, reformado y nuevamente deformado por la historia concreta del cristianismo, y si es dentro de estas contexturas circunstanciales de la historia que se verbalizan los dogmas, el derecho eclesiástico y la pastoral, ¿cómo es posible hablar con tanta simplicidad de los criterios 'a la luz de la fe'? ¿Cómo hablar tan cándidamente del evangelio, cuando hay tanta verdad en lo que me decía una vez un cristiano comprometido en la lucha: ¿La Biblia? No existe. ¿Sólo existe la Biblia sociológica de lo que aparece por ahí como cristiano!?"<sup>6</sup>

Quando se siente hablar así de la Escritura, no se puede evitar la sensación de que falte una experiencia profunda de la verdad y la potencia de la Palabra de Dios. Trataremos de explicarnos.

---

ha insistido reiteradamente sobre la importancia de esto ha sido Segundo Galilea. Cfr. su "Espiritualidad de la liberación", en *Concilium*, 6, 1974; también "La fe y el silencio de Dios", en *Actualidad Pastoral*, 83 (1975), 88-90.

<sup>5</sup>J. COMBLIN, "Le Thème de la libération dans la pensée chrétienne latino-américaine" en *La Revue Nouvelle*, 5-6 (1972), p.568.

<sup>6</sup>Cfr. H. ASSMANN, *Teología desde la praxis de la liberación*, Salamanca 1973, p. 48.

*Europa y América Latina:* Se puede hacer un cierto paralelo entre lo que sucede en Europa y en Latinoamérica. Son aplicaciones distintas, pero el problema de fondo es el mismo.

En Europa se está llegando a niveles realmente interesantes en el estudio científico de la Sagrada Escritura. Pero esto no basta. El aspecto científico es solo una parte del problema. Sirve para comprender siempre más exactamente, desde un punto de vista "literal", "objetivo", qué es lo que en realidad el texto dice. Pero cuando las investigaciones han hecho su parte queda aún mucho trecho por recorrer. La Biblia, para ser comprendida más profundamente, debe reflejarse en la vida santa de toda la Iglesia, mientras a su vez la vida de los creyentes debe dejarse purificar permanentemente confrontándose con la Palabra. Una Biblia sin la vida de los cristianos permanecería en buena parte enigmática y velada. Mientras una vida que no se compare con la Palabra de Dios llega a las desviaciones más extrañas, como lo atestigua la historia. La letra sola es estéril, la vida sola es desordenada y ciega. Cuando los especialistas, en Europa o en cualquier otra latitud, lo olvidan, se hacen merecedores del reproche que tan bien expresara von Balthasar: "los antiguos, a pesar de su conocimiento deficiente de la 'littera' poseían, del 'spiritus', en muchos puntos, un conocimiento más profundo que los modernos. (. . .) Son raros, entre los especialistas minuciosos de la investigación bíblica, aquellos que conceden hoy a la 'fruitio' del 'sensus spiritualis' un lugar en la ciencia bíblica, y más raros aún aquellos que le reservan el lugar de honor. El lugar de honor, porque este acto es el acto central de la teología en cuanto ciencia. Según una opinión tácita pero corriente, o bien este acto es arrojado fuera de la teología 'científica' (colocado dentro de la 'espiritualidad' no científica), o bien sería necesario dejarlo en suspenso hasta tanto la investigación 'exacta' no haya dado un juicio de alguna manera definitivo (. . .). Si la teología se dejara invadir por esta mentalidad, el concepto auténtico de ciencia teológica debería insensiblemente bajar su centro hasta el nivel de las demás ciencias; de lo cual resultaría forzosamente un nuevo judaísmo en el cual sólo los 'doctores de la ley' serían competentes para explicar la Palabra de Dios, mientras que 'el hombre simple' (*ham ha arez*) permanecería a lo más como un amateur en la inteligencia de la fe."<sup>7</sup> Por fortuna, crecen siempre más quienes comprenden que ciencia y sabiduría son distintas. Y que aquélla debe estar al servicio de ésta, también en los estudios bíblicos y teológicos. Las palabras de la Escritura, experimentadas en nuestra vida y en la de nuestros hermanos, son también "exégesis" y de la más seria, convincente y liberadora.

Algo parecido, a otro nivel, sucede en América Latina. Cuando un cristiano llega a escribir —como ha hecho un conocido sacerdote-escri-

<sup>7</sup> Cfr. H. U. VON BALTHASAR, *La Gloire et la Croix*, París 1965, Vol. I, p. 62-65.

tor latinoamericano— frases como ésta: “comunismo y Reino de Dios son lo mismo”, evidentemente algo falla en la vida y el pensamiento cristianos. Cuando un grupo de cristianos constata admirado y toma como modelo del Reino de Dios el estilo de vida de los marxistas, es señal de que la experiencia del Evangelio que poseen es aún demasiado pobre. Porque cuando una comunidad cristiana vive profundamente la Palabra de Dios, es a los marxistas que se escuchan frases de este estilo: “Uds. son más comunistas que nosotros!”, “Uds. están realizando aquella sociedad que nosotros soñamos pero que aún no hemos podido concretar” . . .

Cuando se comienza a decir que es ingenuo y “fundamentalista” tomar la Palabra de Dios como punto de referencia básico para nuestra vida y nuestro pensamiento, cuando se afirma que los cristianos “no tienen nada de específico” que aportar a las transformaciones sociales de la humanidad, cuando se debe mirar “fuera” para buscar un modelo de cómo construir el Reino de Dios, no podemos ocultarnos que se trata de síntomas que obligan a diagnosticar endemia y raquitismo en la vida de las comunidades que así se expresan.

Es cierto que en períodos de historia o en sectores de todos los períodos, la vida de quienes componemos la Iglesia ha deformado u ocultado el Evangelio. Pero frente a las innumerables tergiversaciones e infidelidades de los hombres, el santo es aquel que no descalifica las Escrituras, sino se pone, humildemente, a aprender nuevamente de ellas.

Por aquí el pensamiento latinoamericano encontraría nueva vitalidad. No basta la reflexión, por más bases científicas e intuiciones acertadas contenga. No basta cualquier tipo de “praxis” en favor de los oprimidos para alimentar en forma duradera un pensamiento original y revolucionario. Son necesarias una reflexión y un compromiso que sean expresión de la Palabra de Dios *vivida*. Una Palabra que alimenta la vida, y una vida que hace descubrir nuevas comprensiones en la Palabra, para abrir aún nuevos horizontes al compromiso de vida. He ahí el verdadero “círculo hermenéutico”: vivir bien para ver más, y ver más para vivir mejor.

*¿Anuncio o experiencia?* Una típica discusión de los últimos años con respecto a la evangelización, era la alternativa si se debía comenzar por proclamar el Evangelio, o partir de las experiencias concretas de los hombres para desde allí hacer tomar conciencia de la acción de Dios y de la significación salvífica de *toda* nuestra vida<sup>8</sup>. En América Latina se optó prevalentemente por esta última solución. Los resultados a la larga no parecen ser del todo lisonjeros. No porque la opción fuera erra-

<sup>8</sup> Se ha escrito mucho sobre esto en Europa y A. Latina. Cfr., entre otros, el artículo de R. SONNEN en: H. FIOLET-H. VAN DER LINDE, *Fin del cristianismo convencional. Nuevas perspectivas*, Salamanca, 1969, pp. 360-361; J. AUDINET, “La renovación de la catequesis en la situación contemporánea”, en *Semana Internacional de Catequesis. Catequesis y promoción humana, Medellín 11-18 agosto 1968*. Salamanca, 1969.

da sino porque en una y en la otra postura faltaba algo fundamental. Con toda probabilidad el "anuncio" que se hacía era demasiado basado en ideas y palabras. Y el Evangelio al cual se querían dirigir las experiencias de los hombres era aún demasiado teórico y lejos de la vida. Unos y otros debemos sin duda encontrar más el Evangelio *vivido*. Quien proclama debería anunciar aquello que ha "visto y oído". Y a los hombres habría que proponerles animar todas sus acciones con algo nuevo: que prueben qué es lo que sucede cuando la Palabra de Dios penetra en sus experiencias cotidianas.

Debemos hacernos un serio examen de conciencia y preguntarnos si no hemos pretendido que nuestros cristianos se comprometan en la lucha, sin haberlos ayudado bastante a experimentar el Evangelio. ¿Hemos sabido hacer que su compromiso y todas sus acciones fueran expresión de la Palabra de Dios vivida? ¿Los hemos ayudado a experimentar los efectos de la Palabra de Dios en *todas* las circunstancias de sus vidas, a comunicarse luego los efectos que esto produce, a encontrar así una mentalidad nueva para afrontar toda la realidad...? Porque es cuando esto no se da que a la larga el compromiso no dura. O se busca en otras fuentes las ideas y la mística que el cristianismo parece no haber dado del todo, y cunde el desaliento, el desconcierto, la desunión. Y se corre el riesgo de volver a formas de cristianismo "religioso" y adormecedor. Y el pensamiento que debía alimentarse de esa praxis va poco a poco perdiendo originalidad, potencia y profundidad.

Cuando el pensamiento se debilita, la causa no hay que buscarla tanto en el pensamiento, cuanto en la experiencia pobre e incorrecta que lo sostiene. Y esto vale primordialmente en teología.

Si comenzamos por una acción sin bastante Evangelio, al final todo muere: se pierde eficiencia práctica y profundidad ideológica. Si en cambio sembramos en nosotros y en nuestros hermanos Palabras de Dios para hacerlas carne en nuestra vida (no por nada la Palabra viene llamada en la Escritura "Palabra *de vida*", Flp 2,16; Hbr 4,12; Jn 6,63 y 68; I Pt 1,23; Hch 7,38), a la larga no puede dejar de dar sus frutos, transformándolo todo: pensamiento, vida personal y sociedad.

Si sembramos acción y revolución, sin bastante Palabra de Dios vivida debajo, nuestra acción no tiene raíz. Si en cambio sembramos Palabra de Dios, quienes se ponen a vivirla sacan, solos, las implicancias revolucionarias que posee, a nivel experiencial, estructural y de pensamiento.

No hay tarea más urgente que la de hacer que entre los cristianos

—también latinoamericanos— la Biblia vuelva a ser, como decía San Bernardo, *el libro de la experiencia*.

La Palabra de Dios vivida es el principio del auténtico conocimiento teológico y de una verdadera liberación:

**“si permanecen fieles a mi palabra,  
serán verdaderamente mis discípulos,  
conocerán la verdad,  
y la verdad los hará libres.” (Jn 8,31)**